LA PROTESTA

PORTE PAGO

Núm. 3857. Año XXIV | Buenos Aires, 27 de Febrero de 1921 | Precio del ejemplar $ 0.10

LA BURGUESIA, LOS BARBAROS y nosotros

En las ciudades como en los campos, en la selva, el río y la montaña, el proletariado argentino libra una tremenda batalla en muy desiguales condiciones con las fuerzas mercenarias del capitalismo.

¿Qué pasa en el ánimo de esta burguesía miedosa para que así se apresure a sofocar los movimientos obreros? ¿Por qué esa violencia desmedida en vez del razonamiento pacífico? ¿O es que se cree aún que las ideas se ahogan en sangre?

No parece sinó que la burguesía hubiera perdida enteramente la cabeza creyéndose envuelta en la revolución y echará sus últimos restos de fuerza a la hoguera.

Otra cosa no se puede pensar frente a esta epidemia de barbarie de que parece contagiada la gleba mercenaria al servicio del capitalismo. Todo lo inculto, lo depravado y lo infame sale a la superficie impulsado por el oro de la burguesía y se lanza como una tromba sobre el proletariado, con sed de destrucción y de exterminio. Y las huestes del trabajo y la cultura dan el pecho, resisten la embestida; y los hombres caen y la sangre corre. No hay duda, estamos frente a un construoso resurgimiento de la barbarie despertada por el miedo de la burguesía argentina que vé en peligro sus privilegios y cree salvarlos soltando sus mesnadas contra los hombres de la producción.

Ya no es sólo la sociedad anónima «La Forestal» que, de acuerdo con el gobierno cierra sus fábricas para que los obreros protesten y sus mercenarios hagan una carnicería con los rebeldes, les quemen las habitaciones y los arrojen a tiros a lo espeso de la selva chalos latifundistas de Santa Cruz que resqueña; ya no solamente son tampoco ponden con los máuseres alquilados a la patria, al pedido de mejoras de sus peonadas y las obligan a refugiarse en las riscosidades de la cordillera perseguidas por los pretorianos enviados por el gobierno central; ya no es sólo Santa Fé ni los territorios, ni las degollaciones del Paraná; ahora es todo el país que siente holladas sus campiñas por la pata herrada de la barbarie que pasa destruyéndolo todo. Hoy es Villaguay, Rufino, Leones, Oncativo, y mil otros centros de producción y de progreso, en donde los bárbaros de uniforme y de escarapela han metido su sable ensangrentado en los hogares proletarios, degollando con estrépido de mazorca, igual a la madre que al niño sobre el cadáver de su compañero y padre.

Ante el desborde de este vandalismo no cabe otro temperamento que aceptar la guerra civil, la guerra a que nos precipita el miedo de la burguesía. Aceptar la guerra si no queremos perecer sin lucha, en manos de los bárbaros. Y estamos por la guerra los anarquistas, con todas sus consecuencias, ya que a ella se nos lanza. Iremos sin titubeos porque se trata, no solamente de la vida de nuestra idea, sinó de la vida del proletariado que despierta influenciado por nuestras ideas y es nuestro deber acompañarlo en sus luchas, en sus triunfos o sus derrotas.

La guerra provocada por la burguesía timorata, por la torpeza de su incapacidad ratonil, nos avoca al compromiso de hacer afirmación revolucionaria, no por aceptar el reto, sino porque es preciso frenar a la barbarie desbocada antes que ella desborde y nos arrolle en su ímpetu salvaje.

¿Cómo hemos de consentir que en las campiñas del interior del país se mate y se torurte a los hombres que se han lanzado a la lucha por defender el programa moral y económico que encarna nuestro ideal? ¿Hemos de ver impasibles que el proletariado, con armas tan desiguales, guerree heróicamente con las hordas patrioteras y mercenarias, sin ir en su ayuda?

Es deber de revolucionarios cuadrarse frente a estos hechos y encararlos como lo requieren las circunstancias. La burguesía nos ha agredido y debemos repeler la agresión, sinó queremos perecer sin luchar como los cobardes.

APUNTE SOBRE IBSEN

¿Cuál es la influencia de Ibsen, en el anarquismo y entre los anarquistas militantes?

Creemos que bastante grande. Su «enemigo del pueblo», entre los revolucionarios y escritores de ideas avanzadas, ha sido citado en todos los tonos. Pero desgraciadamente, excepción hecha de unos pocos, los demás no se aplicaron a estudiar la nebulosa obra ibseniana con la asiduidad y la dedicación que fuera de desear. La misma «Casa de Muñecas», como «Elda Gabler», ha desconcertado un poco a los críticos; y las deducciones que, a propósito de esas obras, se han hecho, no les han parecido a muchos, las más apropiadas para ser escanciadas, a las masas. Aún se recuerda las violentas polémicas entre los titulados anarquistas individualistas y comunistas.



Henrik Ibsen.

Molinari, desde Roma, declaró que la afirmación de Ibsen, «el hombre solo es el más fuerte», no pasaba de ser un absurdo y una simple paradoja. No lo discutiremos. Demasiado lejos nos llevarían las demostraciones que se podrían hacer en un sentido u otro. Lo único que observaremos es que no se supo ver en Ibsen, como en Nietzche, en Max Stirner y otros filósofos de la capilla individualista, lo que representaban como movimientos filosóficos de reacción. En esto, las afirmaciones, así como los postulados y corolarios se tómaron un poco al pie de la letra. No se interpretó o no se quiso interpretar lo que en esas doctrinas había de justo y sensato. Ellos, que significaban una reacción contra el endiosamiento del sufragio y del entronizamiento de la multitud, por fuerza habían de exagerar y extremar lo tendencioso en sus doctrinas. Así, solamente, serían tomados en cuenta. Y si Nieztche, contra un altruísmo fofo y mendicante, hizo poemas loando el «egoísmo dionisíaco de la hermosa bestia rubia y sanguinaria», Ibsen, a su vez, había de hacerle gritar a su doctor Stockmann, en el «Enemigo del Pueblo»: «Los enemigos más peligrosos de la verdad y de la libertad en nuestro orden social, son las mayorías compactas, sí, la maldita mayoría compacta y liberal. La mayoría posee la fuerza y es una desgracia, pero no posee la razón. Son las minorías, las que siempre tienen la razón! En todo esto no había más que una viva y vigorosa protesta contra el rebaño humano, contra los que cobardemente habían renunciado a su propia individualidad. La sociedad, que lo había absorbido todo, convirtiendo el mar humano en un lago de voluntades muertas, apáticas y stagnadas necesitaba que alguien la retase y desafiase sus iras a fin de que los que todavía conservaban una chispa de dignidad, sacudiesen su modorra y volviesen por los fueron inalienables en toda personalidad humana.

Con esto, sobrevino la época del libre análisis. El derecho a discutirlo todo, a analizarlo todo y a rebelarse contra todo. Tomemos, por ejemplo, las palabras de Nora en «Casas de Muñecas», que son bien características de esta rebelión contra todos y contra todo.

Nora — Mis deberes más sagrados, son los deberes hacia mí misma. Yo creo que ante todo, soy un sér humano o por lo menos debo ensayar la manera para serlo. Yo sé que la mayor parte de los hombres te darán la razón, Torwald y que te dirán que estas son ideas tomadas de los libros, pero yo no estoy más en condiciones para pensar lo que dicen los hombres o lo que se imprime en los libros. Es necesario que yo misma me haga mis ideas al respecto y que me dé cuenta de todo.

Torwald. — ¿No tienes la religión?

Nora. — Bah, ya ni sé lo que es la religión! El pastor Hansen preparándome para la primera comunión, me dijo que la religión es esto, es lo otro. Pero, nada me fué claro. Cuando esté sola y emancipada examinaré esta cuestión como a las otras. Veré si el pastor dijo verdad o si por lo menos era verdad respecto a mí».

Pero, donde Ibsen, encarnó exactamente el nuevo ideal, es en la trágica figura de Brand. El programa de este teólogo rebelde, está contenido todo en el discurso de este pastor mártir. Un empleado del gobierno le reprochaba a Brand de no predicar el «cristianismo en masa». «Péinelos a todos con el mismo peine. ¿No pertenecen acaso todos a la misma ralea?». Ese funcionario sostiene contra Brand que el pastor desempeña una misión política y que debe considerarse como un «funcionario». Sobre todo, no debe ver en sus fieles que el rebaño: el individualismo, he ahí el enemigo «Cuando Dios quiere aniquilar a un ser, hace de él un individuo y se pone a reir». Además, es necesario evitar para que el cristianismo llegue a ser una religión de terror. Sin duda, hay que conservarle el carácter divino, pero hay que hacer de modo para que permanezca accesible al hombre. Es necesario, en fin, separar estrictamente en la vida lo que se debe a lo divino y lo que se debe al mundo. Cada cosa a su tiempo: el domingo para Dios y los otros seis días a la tierra: «Separad la vida y la fé. No pronunciéis esas dos palabras al mismo tiempo».

He ahí los principios funestos que el clero y los dirigentes todos de la sociedad propagaban en los tiempos de Ibsen. Pero el ideal de Brand, para no decir de Ibsen, era exactamente todo lo contrario. Y el ideal, la verdad, es una obsesión de todos los instantes, es un sufrimiento contínuo, es en fin el antihumano: «Humano, grita Brand. Esa palabra es vuestro grito de guerra, es con este pretexto que incitáis los hombres a ser cobardes, venales... Dios, se mostró humano cuando Jesús murió en la cruz? No, lo humano nada tiene que ver con una fé inconmovible y con el ideal. Brand lo demuestra muy bien por su muerte.

En esta intransigencia del apóstol, Ibsen, nos muestra el camino que deben seguir los que han abrazado una fé cualquiera sea ella. A Einar e Inés que, al principio, personifican la vida de placer y voluptuosidades, Brand les dice estas palabras simbólicas: «Dos caminos de igual extensión conducen al fiord. Tomad para el oeste. Yo me dirigiré hacia el norte. Sed felices». El contraste es más vivo todavía, cuando Brand, invita a Inés a escoger, entre la vida de placer y la vida del deber:

Brand. — Yo soy tenaz, en mis exigencias. Lo que yo quiero es todo o nada. Si tiemblas en la pelea, yo temeré por tus días. No esperés arrancarme concesión alguna, ni eximirte del menos sacrificio. El orden es formal. Fiel hasta la muerte.

Einar. — Huye, huye ese juego salvaje. Huye ese hombre despiadado que te propone una meta imposible. Yo te daré una vida amable.

Brand. — Bien. Puedes escoger.

Einar. — Escoge entre la guerra y la paz. Escoge entre la alegría y los tormentos, entre el placer y la angustia, entre la esperanza y la felicidad, entre la muerte y la vida. Escoge!

Inés, (partiendo con Brand). — Para mí la noche y las angustias mortales... Yo iré hacia la aurora lejana...»

Creemos que el símbolo es bastante diáfano y transparente para que todos los revolucionarios del mundo lo comprendan. No se trata, pues, ya aquí de un endiosamiento feroz del individuo, preocupándose solamente de sus apetitos bestiales y si queréis muy aristocráticos, según los postulados nietzcheanos, pero divorciados con toda comunidad, sino de una necesaria reacción contra lo venal, lo común, lo vulgar que trata de aniquilar en la personalidad humana cuanto de más noble y más bello hay. Esta idea fundamental en toda la obra ibseniana corre y se repite como un leit-motiv. La hallamos en el «Pato silvestre» y en muchas otras.

Lo que al anarquismo significa la cantera ibseniana, no hay porqué encarecerlo.

Sobre todo, en ella, encontraremos esos principios fundamentales tan necesario para labrar las fuertes individualidades que han de componer la comunidad libre y armoniosa con que todos los anarquistas soñamos.

El garrote contra nuestras razones

«Todo es según el color del cris[illegible] con que se mira», canta Campoamor. Y en cuestión de prevenciones, sobré todo cuando se trata de prevenir delitos y posibles crímenes, nosotros tenemos nuestra modesta manera de ver que, quizás, no concuerda con la del señor Elpidio. Esta diferencia de modos de ver, es posible que sea fundamental, entrañando una discrepancia absoluta de criterio que, por cierto, no ha de afectar en lo más mínimo a nuestro ilustre jefe de policía, como tampoco nos afecta a nosotros.

Pensamos, pues, diferente. Lo malo del caso, es que a veces nosotros intentamos persuadir a nuestros con[illegible]cantes por medio de palabras y razones bien escogidas, espigadas, en ciertas ocasiones, en los libros de los filósofos más preclaros, mientras la policía para convencernos que no tenemos razón apela al garrote. He ahí un procedimiento que hemos de confesar ingenuamente que no nos agrada. Hay gustos que merecen palos, dice el refrán, pero el nuestro no es uno de ellos. Con franqueza, el palo no nos convence y, al contrario, la única virtud que sobre nosotros tiene es la de irritarnos. Pues bien, los policías, desde que son policías, no han todavía podido aprender esta humilde verdad. Y lo que pasa con nosotros, pasa con los trabajadores en general. Y he ahí que esta manera [illegible] delitos y crímenes se nos ant[illegible] sotros contraproducentes. Es [illegible] desta opinión, la c[illegible] aunque archirazonable, puede muy [illegible] no compartirla nuestro ilustre jefe de policía.

Cabe, sin embargo, agregar que este método de violencia hasta puede provocar esos horribles delitos que se trata de reprimir. Lo mismo decimos en lo que se refiere a esas admirables e impresionantes historias de petardos y conspiraciones ácratas, encaminadas a impresionar la opinión pública de modo y manera que esta buena «opinión pública» enardecida y horririzada, lance el famoso grito de «crucifige», dándole carta blanca a los verduguillos que siempre abundan, en esas reparticiones salvaguardoras del orden, verduguillos que buscan ascensos y gajes torturando al prójimo. Esperamos haber sido claros...

Los últimos bárbaros

En presencia del vergonzoso espectáculo que, políticamente, presenta hoy la Europa occidental y especialmente Italia, frente a la barbarie tricolor que ha hecho erupción en la bella tierra del arte, el cerebro se extravía en ideas y conceptos que se confunden como si de golpe hubiéramos entrado en la oscuridad, y la única idea que surge de entre esa confusión, es que han quedado demasiado imbéciles al terminar la guerra.

—¿Por qué terminó la guerra sin terminar su obra?—se pregunta uno asombrado ante tanto patrioterismo guerrerista que ha quedado y que hoy, en el alborear de la anarquía, sube en tropel las cuestas pretendiendo llegar a las cimas y arrear el pendón de las ideas.

Y viendo esto llegar el hombre—magüer los sentimientos pacifistas y humanistas—a desear que la guerra se hubiese prolongado hasta terminar con ese patrioterismo estúpido y desgraciado. Es que el hecho tiene tal magnitud que asume todas las proporciones de un desastre de las ideas. Es de ciego restarle importancia al resurgimiento de ese nacionalismo criminal italiano. Los «fasciti» son una organización absurda, creada por la burguesía con toda esa imbecilidad vuelta de las trincheras, pero es una organización poderosa, hay que reconocerlo; poderosa y avezada en el crímen de la guerra, que es lo que

la hace temible. Además, obra en el consentimiento y la aprobación del gobierno y el aplauso de la prensa, para mayor estímulo de sus fechorías.

Aunque no creemos que ese patrioterismo perdure, pues tiene que morir en breve tiempo como todo lo que carece de idealidad, esa locura o imbecilidad guerrera perjudica senciblemente a las ideas de redención por los sentimientos bajos que despierta en las muchedumbres no bien trabajadas por el anarquismo. Y, desgraciadamente, las muchedumbres están siempre dispuestas a dar fé a la mentira y a levantarse por las malas causas, siempre que se las pinten con colores vivos.

Creemos que el presente resurgimiénto de barbarie en la Europa occidental, será la última tentativa del capitalismo y sus aliados por restaurar su predominio universal; pero que al fin será vencido y arrollado por la correntada revolucionaria que recorre el mundo.

En Italia, debido a la encarcelación de la mayor parte de los militantes anarquistas, encuentra poca resistencia el patrioterismo «fascita» para manifestarse en toda su realidad de barbarie y regresión. Sin embargo, esa misma libertad de expansión lo ha desacreditado a los ojos de la gente sensata, tanto de allí como en el del extranjero. Y ese será él principio de su fin. Lo demás lo hará el proletariado organizado de Italia, que, cansado de soportar la triple tiranía—del patrón, del Estado y del patrioterismo—ha de sublevarse y copar definitivamente todos los resortes de esa máquina de crímenes y torcer el pescuezo a todos los criminales.

———o———

FLORENCIO

Si en vida te samarrean y difaman no importa, quizás después de muerto te rindan honores y paseen tus huesos en carroza de oro.

Este sería un buen consuelo para un imbécil o para un diputado que aún conservara un resabio de lirismo.

Pero a nosotros no nos consuela porque ello se da patadas con el buen sentido. Lo esencial es vivir la vida como lo manda la naturaleza, que es en vida cuando el cuerpo físico tiene valor. Después de muerto, la piltrafa humana para la gente cuerda no tiene mérito alguno. Todo lo que se haga en su obsequio es locura lisa y llana, es obra de estúpidos o de pillos interesados en perpetuar el prejuicio.

No podemos participar, entonces, de la estupidez de los estúpidos ni de la pillería de los pillos. Y en presencia de un caso como el que criticamos, no sentimos otra impresión que la que produce una cosa asquerosa que pase cerca de las narices.

Esto es lo que hemos sentido y seguimos sintiendo—porque no se acaba—frente a la aparatosidad con que se han recibido en el Río de la Plata los restos de Florencio Sánchez y que acaban de ser colocados en el panteón nacional de Montevideo, terminando con la farsa gubernativa y social de la otra banda.

¿A qué vienen esos homenajes? ¿A qué pasear esa piltrafa que ya debía haber ido al quemadero?

Si viendo toda esa porquería dan deseos de gritar a esa canalla:

Todo lo que no sirve de Sánchez, la osamenta, es lo único vuestro. Lo que tiene un valor incalculable, su obra, eso es nuestro, bien nuestro. ¡Quedáos con la piltrafa, imbéciles!

———o———

APUNTES

ATARDECER

Estoy sentado en un banco de una plaza. Buen rato hace que el sol se hundió en el horizonte. La atmósfera, es un cristal violeta. Ráfagas de brisa agitan el follage de la arboleda, donde los pájaros cantan. Varias chiquilinas juegan a la comba, mientras sus niñeras juegan al amor con galanes ocasionales. El descenso de la sombra se acentúa por momentos. Una campana tañe. Al lado mío, en el mismo banco, se halla sentado un señor gordo y grave y un chico de unos ocho años de edad, quien contempla con ojos brillantes de envidia, el corretear de los demás niños. Un guardián pasa... Con el palo enarbolado, amenaza a un mocozuelo que se ha metido en la gramilla.

El chico de mi banco se inquieta y luego, dice:

—¿Papá, si lo agarran a ese, lo meten preso?

—Sí, hijo.

El niño queda pensado. Un[illegible] de chiquilines, cruza ante nuestros o[illegible], como una exhalación multicolor, chillando y persiguiéndose. Una mamá reta a su chico, zarandeándolo. Mi vecinito, vuelve a hablar... Señala un feo obelisco de mármol que se yergue frente a nosotros y pregunta:

—¿Qué es, papá, eso?

—Un monumento a la libertad.

—A la libertad! ¿Porqué? ¿Hace mucho que ha muerto la libertad?

—Cállate, cállate y estate quieto.

Yo miro con simpatía al pobre chico y con rabia al señor gordo. El guardián, entre tanto, ha logrado atrapar al mocozuelo, infractor a las ordenanzas municipales. Lo trae por un brazo y con gesto de triunfo...

La ciudad empieza a encender sus luces.

SABADO, OBRERO

Sábado.—Ando paso a paso, por los suburbios de la ciudad. En las copas de azul indigo de los contados árboles que bordean la acera por donde camino, hay como un estremecimiento de alas. Es primavera. Una perspectiva de casas chatas y miserables, se prolonga, borrándose en la lejanía: Es noche. La luna se me antoja un globo ajenjo huído de las manos de un niño, a quien me imagino llorando por ver cómo su bello juguete se pierde en la inmensidad. Paso ante un portalón. Oigo el rasguear de una guitarra. El suburbio está de fiesta. En cada cuadra adivino un baile. La calle se va haciendo siempre más obscura. En una esquina hay dos o tres coches estacionados. Me digo: «otro baile, quizá». Llego y después de haber hecho una veintena de pasos diviso un bulto blanquecino. Escucho sollozos. Apresuro la marcha. Al acercarme me parece percibir algo así como una mujer en camisa que, acurrucada en el vano de una puerta, intenta taparse los pies con los bordes de la única prenda que cubre sus carnes. El Stabbat... las brujas... el aquelarre. Creo ser juguete de una aluscinación; pero no. Es una sencilla mujer del pueblo, morena de tez, joven todavía y, que ante mí, se averguenza y llora.

Quedo un momento perplejo y no sé qué hacer, si huir o interpelar a esa pobre criatura que esconde el rostro entre sus brazos para no verme.

—¿Qué le sucede señora?—la digo.

No contesta y redobla su llanto. Insisto. Al levantar la faz para responderme, logro verle unos moretones y un ojo desfigurado por un puñetazo.

—Qué quiere que me suceda—me explica al fin. Es sábado y mi marido más borracho que nunca, me ha pegado y me ha corrido con una cuchilla. Todos los sábados hace lo mismo, pero esta noche si no me escapo me mata.

Y redobla su llanto, un llanto de mujer acostumbrada a ello; un llanto sin convicción, sin grandes desgarramientos, un llanto quieto, sin sacudidas, hondo y silencioso, como el oculto correr del agua enter las peñas. Una piedad dolorosa, que hace daño, como si una mano brutal os apretara el corazón, os invade y ahoga ante estos llantos sufridos, modestos que temen manifestarse...

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa?—la pregunto.

—No, no,—contesta con alarma en la voz. He mandado los muchachos a la comisaría y no han de tardar en venir.

En efecto, de la próxima calle, desembocan dos chicos descalzos y semidesnudos. Podrán tener unos ocho o diez años de edad y vienen jugando.

—¿Y el vigilante?—inquiere la madre.

Los niños contestan a dúo:

—El oficial dice que en la comisaría no hay ninguno y que ya está cansado de mandar agentes y que cuando releven va a venir el sargento.

—¡Ah, Dios mío! Y ustedes no les dijeron cómo...

Pero los niños no hacen caso... Juegan a perseguirse y el varón le dice a la mujercita que corre delante:

—Dejate alcanzar, porque si no cuando te agarre te voy a pegar más... Te voy a poner la cara, como a mamá...

———o———

LA REGLA

De niño me inculcaron con seriedad que se debe decir «la casa» y no «el casa» yo como y no «yo comes». Se obstinaron igualmente en asegurarme que «tarde» es un adverbio, y «sobre» una preposición. Cuando había aprendido bien una regla me descubrían que no era tal regla, que había numerosas excepciones las cuales a su vez tenían exgio y me dí prisa en olvidar cuánto en él había sucedido. Con asombro noté que no me hacía falta saber gramática para hablar en castellano.

[illegible] me pareció también que [illegible]onas que no con[illegible]n la anatomía ni [illegible]fisiología del [illegible]omago digieran durante larg[illegible]nos imperturbablemente. Cuando me hube habituado a estos hechos, sospeché que las reglas no tienen quizás la importancia que los académicos y los dómines quisieran. Leí verdaderos libros y ví que el talento y el genio suelen fundar la gramática futura sin molestarse en saludar la presente. La policía aduanesca de mis profesores perdía su prestigio. De dictadores pasaban a copistas. Encargados de medir el idioma, creían engendrarlo.

—«Hombre» se escribe con «h», me corrigieron un día.

—¿Por qué—pregunté tímido.

—Porque viene del latín «homo».

—¿Por qué entonces no escribimos todo igual: homo?

—¡Silencio!

Observé en los ojos del maestro la misma furia del presbítero que nos dictaba doctrina cristiana. Una regla no se discute. No se discute el código ni el catecismo. Explicar una regla es profanarla.

Escribir «hombre» sin «h», qué vergüenza! Y si en Italia se escribiera «uomo» con «h», qué vergüenza! Si una soltera pare, qué vergüenza! Y si un hotentote encuentra virgen a su esposa, qué vergüenza!

No examinéis las reglas. Examinar es desnudar, y el pudor público no lo permite. Perteneced, si podéis a la innumerable, a la invencible clase de los archiveros, guardianes y administradores de «La Regla», y si no podéis, doblad el pescuezo. Pensar es exponerse a ser decapitado, porque es levantar la frente.

La regla es la mentira, porque es la inmovilidad; pero no lo digáis, no lo déis a entender; defended el pan de de vuestros hijos.

Rafael BARRET

La Unión C. A. Argentina

SU CONSTITUCION EN ESTA CIUDAD

Bases iniciales de organización aprobadas.

Por fin se han desechado prejuicios provenientes de un mal interpretado individualismo y se ha llegado a la conclusión que era preciso llegar; a la constitución de un organismo que agrupa a todos los anarquistas de la capital y que agrupará, en adelante, a los de la región entera.

Otra cosa no nos dicta el período histórico especial que atravesamos y otra actitud no ha exigido de nosotros ayer como obligadamente hemos comprendido hoy.

Porque parece que siempre nos hémos obstinado en permanecer contrarios a la corriente de los hechos que nos indicaban de que únicamente organizados es como podríamos imponernos y triunfar, y que siempre hemos estado ridículamente en contra de nuestra condición de sostenedores y propagandistas de un ideal.

Porque sí, es ridiculez, lo afirmamos, el querer propagar e implantar un ideal, y para ello, no contar con las [illegible]zas a[illegible] que poseen las de la calidad en los principios doctrinarios que se sostienen.

Se ha tenido miedo a la organización porque se creía que se trasgredían las ideas al caer en una pretendida centralización de la propaganda; se ha combatido toda iniciativa que tendiese a agruparnos federativamente, porque no se temido bajar al sindicato y aceptar el voto de las mayorías; no se ha vacilado en invocar la revolución y en gritar, desde el periódico como desde la tribuna, de que el único camino que nos queda abierto es la revolución.

Y ¿cómo es posible llamarse a sí mismo revolucionario al ser anarquista?, y al aceptar la revolución ¿es posible hacerla sin actuar antes organizadamente y sin una organización donde ella encaje y se desarrolle?

Esta es la pregunta que formulamos a los que solapadamente combaten la iniciativa y este es la pregunta que nos hicimos y resolvimos constituyendo sobre base segura, en esta ciudad, la Unión Comunista Anarquista Argentina.

Ahora bien, en la reunión del domingo 20 pasado y contando con la presencia de los delegados del grupo editor de «La Protesta», Biblioteca Racionalista del Norte, Centro E. Sociales «E. Reclus», centro «Pedro Gori», Centro E. Sociales «El Despertar», Biblioteca Racionalista Floresta Norte, Agrupación Anarquista «Aurora Libertaria», Centro E. Sociales «Amor, Ciencia y Libertad». Agrupación C. Anarquista «Los Deseos», Centro de E. S. «Inspiración a Realizar», Grupo Expreso Núm. 5, Agrupación Juventud Comunista, Agrupación Obrera Comunista, y Sindicato Obreros Medio-luneros que integran esta entidad, se nombró el consejo de la U. C. A. A., y se aprobó el proyecto de organización provisorio que más abajo transcribimos y que servirá para los trabajos de propaganda hasta mientras tanto no se celebre una conferencia Anarquista Regional que lo reforme.

Fundamentos

Considerando que el estado actual de la propaganda anarquista en la región argentina carece de una uniformidad de acción que la coloque en el terreno formal y efectivo en que debe estar para imponer el respeto a que tiene derecho; que la forma en que la propaganda va encarrilada no satisface las necesidades de la numerosa colectividad anarquista del país; que no compulsa las aspiraciones del proletariado revolucionario; que el profundo divisionismo existente en el elemento militante es mortal y que sus consecuencias recaen exclusivamente sobre las ideas; que la Unidad Anárquica debe ser la base donde deseamos el valor de la fuerza organizada; que la colectividad desea ardorosamente ver en un solo bloque a toda la familia anarquista; que el anarquismo es fuerza dinámica social que empuja al progreso; que desunidos y desagregados, siempre seremos débiles para destruir al mundo capitalista; y considerando que hoy más que nunca es necesario, útil, imprescindible arreciar más y más en la prédica demoledora de esta sociedad viciosa y corrompida, los Centros de Estudios Sociales, Bibliotecas, Agrupaciones, Ateneos y demás entidades, en reunión de delegados, resuelven, en homenaje al espíritu de organización que los anima, constituir un organismo anárquico regional denominado: «Unión «Unión Comunista Anárquica Argentina».

Organización interna

La U. C. A. A., obedeciendo al espíritu de organización que la anima, y al deseo de que marche regular y normalmente; teniendo en cuenta que es necesario algo así como una oficina general de informaciones, resuelve la creación de dicha oficina en la Capital Federal.

La existencia de esta Oficina de Informaciones no implica en ningún caso el uso de dominio o autoridad de esta central sobre aquella local. Entendemos por O. de I., aquella en cuyo seno lleguen informaciones de todas partes de la República, a fin de poder valorar la marcha de la misma Unión. De forma, que así como esta entidad adherida es libre de la presión de la O. de I., cada individuo es libre dentro del grupo de que forma parte.

Medios de propaganda

Los medios de que usará la U. C. A. A. para imponerse como organismo de influencia y valor moral, y desenvolverse libre y proficuamente, serán todos aquellos que compatibilicen con los procedimientos eternamente usados por los anarquistas de todo el mundo; es decir, aquellos que no tengan vinculación con ninguna tendencia ni partido político, tanto de abajo como de arriba. La prensa en general; el libro, el folleto, el periódico, el manifiesto, el volante, el cartel mural, la conferencia, el mitin, la representación teatral, la exposición artística y todo medio persuasivo tendiente a favorecer la voluntaria comprensión en el inconsciente, basada en el libre examen de los hechos, de las cosas y de todos los fenómenos en general, esas serán sus armas más poderosas y predilectas como medio de propaganda doctrinaria llamada a formar la mentalidad anarquista.

Referente a circunstancias y situaciones de momentos de peligro, cada hombre o cada grupo hará lo que crea más conveniente y provechoso para nuestros fines. En caso dado se resolverá de momento la actitud oficial de la entidad regional.

Organización externa

La U. C. A. A. se constituye para agrupar en su seno al mayor número posible de anarquistas. Son sus deseos cobijar bajo su bandera de redención social a todos los que auspicien el advenimiento del Comunismo Libertario. Quiere con su organización encaminar por el camino más corto y el sendero más recto Para ello, con el fin de no malgastar energías y distribuir equitativamente el trabajo, se dividirá en las veinte circunscripciones en que está dividida la Capital Federal.

Fuera de estas veinte agrupaciones seccionales, dentro de cada gremio podrá formarse una agrupación de obreros afines que tengan como mira el Comunismo Anárquico. Fuera del medio de la C. Federal, los anarquistas de la localidad se organizarán como mejor lo crean conveniente.

Prensa anarquista

La U. C. A. A., entendiendo que la prensa es un vehículo de los más provechosos para propagar ideas, tendrá siempre en cuenta su alta significación moral. Velará por todos los medios a su alcance para darle mayor difusión. También se preocupará especialmente en fomentar el periodismo anárquico donde lo crea útil y conveniente.

Educación racionalista

La U. C. A. A., compenetrada del valor que encarna la educación racional y científica, apoyará toda iniciativa que surja al respecto. No será nunca su intención suplantar a ninguna entidad creada con ese fin.

Presos sociales

La U. C. A. A., entendiendo que los caídos en las cárceles sacrificaron su libertad en defensa de los intereses colectivos, considerará un deber de sí misma el agitar continuamente el ambiente social con el solo propósito de arrancarlos de las ergástulas.

Iniciativas

La U. C. A. A. tendrá en cuenta todas las iniciativas tanto individuales como colectivas, siempre que ellas tengan relación con los fundamentos, principios o fines de la Unión.

Condiciones de admisión

La U. C. A. A. admitirá en su seno a todo organismo que tenga como finalidad el Comunismo Anárquico.

Dichos organismos, a fin de evitar la intromisión de elemento mal intencionado o mandado por adversarios, estarán sujetos a un contralor. Este contralor tendrá a su cargo la tarea de indagar cuáles son los individuos que forman el organismo, en qué se ocupan, a qué sindicato están agremiados y cuáles son sus antecedentes sindicales.

Los intelectuales anarquistas que quieran coadyuvar adhiriéndose individualmente, serán admitidos.

Relaciones internacionales

De acuerdo con su carácter internacionalista, la U. C. A. A. tratará de entablar relaciones y mantener estricta correspondencia con todas las similares del mundo. Apoyará campañas de agitación internacional y tratará de hacer efectivo todo pedido de solidaridad.

Formaría parte de una Internacional Anarquista.

Fines

Los fines de la U. C. A. A. son: trabajar la mentalidad del pueblo y predisponerlo para que la lucha por la implantación del Comunismo Anárquico

EL COMITE PROVISORIO.

La organización de grupos internos sindicales.

Con la resolución de aportar, cada vez un mayor contingente de fuerzas a la Unión Anarquista y de encauzar una tendencia primante, desde ha tiempo, en los medios anarquistas, es que este consejo se ha avocado a la formación de grupos afines de propaganda comunista anarquista en los sindicatos obreros.

Demás está el que signifiquemos nuevamente de que vamos al sindicato a propagar nuestras ideas y a predisponer a las masas de sus afiliados en el sentido de nuestra táctica revolucionaria; demás está el que remarquemos la inmensa labor de profilaxis gremial que han cumplido y toca cumplir a los anarquistas dentro las filas sindicales.

Nos limitaremos a llamar la atención de los compañeros para que no olviden de que si son anarquistas es porque tienen un ideal que deben propagar intransigentemente aprovechando todos aquellos medios que estén a su alcance, y en especial el de su condición de obreros organizados.

Y para realizar la propaganda, y para hacer triunfar los propios puntos de miras, nada mejor que constituir agrupaciones, en el seno de las que se trabajará el criterio que colectivamente debía llevarse y sostenerse en la asamblea del gremio.

Ahora es preciso que todo el esfuerzo de los compañeros anarquistas tienda a la realización de la fusión del proletariado regional; ahora se presenta la circunstancia de terminar con un viejo problema obrero y anarquista, y si decimos anarquistas, es por que nadie más que nosotros ha luchado por la unidad obrera y ninguno como nosotros, por nuestros fines ideales y por los específicos del proletariado, ha bregado porque la clase trabajadora organizada sea una individida frente al capital y el estado.

De ahí que estimemos no sólo necesario sino urgente la formación de grupos internos sindicales, y que consecuetes con tal iniciativa, invitemos a concurrir a las reuniones que se les cita a los compañeros de los gremios que detallamos a continuación:

Tarlabarteros y Anexos.—El lunes 28, a las 20 horas, en B. Mitre 3136.

Obreros del Puerto.—El viernes 4 de marzo, a las 20 horas, en California núm. 1173.

Conductores de Carros.—El miércoles 9 de marzo, a las 20 horas, en Montes de Oca 970. — El Secretario.

Nota.—Se recomienda a los compañeros delegados de este consejo, que concurran con puntualidad a los sitios designados.

LA EDUCACION PROLETARIA

El campesino embrutecido por el trabajo y el obrero aniquilado por la fábricas y las terribles condiciones económicas en que vive ¿qué educación pueden darle a sus hijos?

MICHELET

POLITICA

Nadie ha definido la política

Es difícil que una sensibilidad de hoy pueda hacer oposición a la ideología política en el terreno de la seriedad. Ni los graves profesores universitarios, ni los articulistas, ni los propios políticos, han explicado qué cosa entienden por política. Sólo han ido amontonando palabras y palabras.

Se ha dicho que la palabra había sido empleada, más que para expresar pensamientos, para disimularlos. Todos los definidores de política han disimulado tan bien su pensamiento, que aún hoy, ignoramos lo que piensan. Afortunadamente, no ignoramos lo que hacen. ni ignoramos tampoco que su cuidado y su afán de disimulo, son consecuencia de pobreza mental y de pobreza ética.

Pobreza de solemnidad, pobreza disfrazada, a veces, de maquiavelismo barato, como Romanones; de retórica cursi como Maura y Mella; de empacho relamido como Dato; de sargentismo republicano como Lerroux; de tropos castelarinos como Melquiades Alvarez. Y así los otros dioses mayores y menores: todo es pobreza mental y pobreza ética.

Ellos con ellos

No se odian ni se estiman. Se puede decir que no son amigos, pero también se puede decir que no son enemigos. Es cómica la oposición parlamentaria de nuestros políticos. Si el sindicalismo es apolítico por esencia, no se debe, como afirman algunos cronistas, al desengaño. Para los sindicalistas el desengaño está ya antes del prólogo.

No se debe tampoco a la cualidad del elegido. Va a la raiz del mal; desdeña a los políticos de todas clases y afirma que no puede haber políticos buenos. Cualquier político, por el hecho de representar a unos miles de electores, suplanta la más alta cualidad humana que consiste en que cada hombre tenga bastante con representarse dignamente a sí mismo. Si la representación se gana con la complicidad del elector, no se trata ya de una suplantación sino de un acuerdo entre millares de tontos que abdican de su personalidad y un hombre de tan milagrosa contextura, que es capaz, siendo abogado y parásito, de representar a muchos labradores, mecánicos, médicos, capitalistas, corredores de cereales...

Que un hombre represente a la vez a un capitalista y a un trabajador, es francamente cómico. Y sin embargo, esta es la lógica que reina entre ellos, entre los políticos.

Argumentos intervencionistas

No son más que expresiones de figurón paralítico.

—El diputado—dicen—tiene el derecho de fiscalizar. ¿Fiscalizar? ¿De qué ha servido la fiscalización parlamentaria? ¿Ha remediado algo? ¿No hay siempre una mayoría que impone lo que quiere el mundillo ministerial? ¿No se pueden disolver las cortes en cualquier momento?

—En que el diputado goza de inmunidad—dicen también. Que se pruebe un diputado a llamar ladrones a los ladrones y verá lo que pasa.

—Pero es que sin ir al congreso—insisten aún—el diputado tiene más libertad que el que no lo es. Aunque ello fuera cierto, que no lo es, ¿por qué razón un individuo ha de tener más libertad que otro? ¿Por qué no han de tener todos la misma libertad? Queremos la libertad integral para todos. No una libertad de mito o de limosna.

Una ley que favorezca a los obreros, siquiera sea levemente, necesita para llegar a la práctica, que los obreros tengan ellos mismos, colectivamente, fuerza para hacerla cumplir. Ejemplo: la ley del descanso dominical. Y si los obreros tienen fuerza ellos sólos para hacer cumplir una ley en su favor ¿por qué no han de tenerla para reclamar directamente un derecho natural y una libertad natural sin necesidad de ninguna sanción ni de ninguna promulgación, ni de ninguna epístola al señor diputado por el distrito, ni de ninguna interpelación destinada a crear personalismos?

Temas de reflexiòn

Un sindicalista no va a votar porque no es un político. No necesita tampoco excitaciones para abstenerse de votar, si está convencido. Nos dirigimos a todos los compañeros, para que mediten bien sobre estos extremos:

1.º La burguesía está interesada en sostener instituciones del Estado como las cámaras. Nosotros abominamos de todos los Estados y de todas las cámaras, invenciones de la burguesía para amparar el latrocinio y legitimarlo.

2.º La abstención es cuestión de principio y no de táctica. Ninguna táctica, ni siquiera la de mayor habilidad, puede desnaturalizar un principio tan puro como el apolítico.

3.º Que los parlamentarios cobren dietas, que salgan falseando o no falseando el censo, que prometan y no cumplan sus promesas, que bailen con la hija del alcalde o con la suegra del cacique para congratularse con ellas o con ellos, serían razones de oposición si creyéramos en la constitución, en el censo, en las promesas electorales, en los alcaldes o en los caciques.

Reflexionen los compañeros sobre estos temas, contesten ellos mismos y acrediten su responsabilidad.

Anarquistas: El próximo domingo 6 de marzo, se realizará el último PIC-NIC de la temporada. Compañeros, trabajadores, concurrid a la isla Maciel!

El anarquista

Se nos pregunta a menudo si somos anarquistas.

Sí, lo somos. Y fué sencillamente porque, en la mañana más clara de nuestra juventud, un estremecimiento de sacrosanta locura nos impulsó fuera del lecho, y nos asomamos a las ventanas de la vida, hambrientos de ver... Y vimos.

Era toda la monstruosa y repulsiva desnudez de la Maldad, extendida en el mundo bajo la iluminación de un sol desconocido. Era un mundo pavimentado de espaldas temblorosas de cobardía, sobre las cuales galopaban hordas de bárbaros coronados de lágrimas y vestidos de sangre...

Era la apoteósis de la Mentira y del Previlegio, celebrada con la pompa de todas las ignominias, adornada con la púrpura de todos los crímenes, luciendo la majestad de los tétricos y sangrientos imperios sobre la más alta cumbre del mundo, y ultrajando, con una inmunda corona de abominaciones, la divina pureza del Sol.

Y fué sencillamente porque, todo lo que vimos en esa apocalíptica y reveladora visión de horror en vez de hacernos doblar la frente, miserablemente, como a débiles hembras temerosas, nos dejó en el fiero ánimo muvenil una volcánica fiebre de odio y una llameante hoguera de amor, porque vinimos armados con toda la potencia de nuestra fe.

Y así, siguiendo un espontáneo e irresistible impulso de nuestro espíritu y una necesidad absoluta de aliviar el dolor ajeno para aliviar nuestro propio dolor, venimos para comunicar a todos la fiebre de nuestro entusiasmo para el enaltecimiento de la Vida. Porque en substancia, toda la diversidad de opiniones y de creencias que existen, no son más que las múltiples faces del gran anhelo humano por hacer más hermosa la Vida, por librarse de todas las tiranías que pesan sobre el alma y sobre el cuerpo del hombre...

Y el anarquismo, precisamente, ha empuñado ese anhelo humano, esa gran antorcha de ansias y angustias hacia el bien, haciéndola flamear hasta los últimos rincones del mundo, a fin de que los hombres todos se rebelen y se pongan en marcha hacia las tierras del porvenir, donde el trabajo será un canto y el amor un himno a la libertad y a la belleza.

E. B.

EL EJERCITO

El ejército es una cueva de esclavitud, donde vale más el hocico que la boca y donde está permitido ser asesino y ladrón, a trueque de transformarse en imbécil.

Leopoldo LUGONES

Diferentes valores

En contradicción con ciertos principios del materialismo, nosotros no consideramos al hombre como producto puro y simple del acoplamiento de aciagas moléculas. Nuestra prédica constante «sed mejores», entraña el reconocimiento tácito de una voluntad, de un principio de libre arbitrio. Por otro lado, nuestra boga en pro de una educación razonada, basada en el cumplimiento de las leyes inmutables de la naturaleza, es igualmente una afirmación de que no consideramos al hombre regido exclusivamente por las leyes de herencia ancestral o influencia del medio ambiente, sino que lo creemos susceptible, hoy y siempre, de mejoramiento; de seguir, con mayor o menor conciencia, de grado o por fuerza, la senda del progreso.

Se infiere, pues, de la naturaleza íntima de nuestras concepciones, juzgadas a través de la imparcialidad de nuestro juicio, que adjudicamos al hombre dos valores, tanto en el orden moral, intelectual, emotivo, etcétera, cuyo grado de intensidad clasifica, caracteriza a los individuos. El uno sería producto de la herencia e influencia del ambiente, siendo el segundo el resultado de la educación y, sobre todo, de la auto-educación.

En lo que a mérito individual se refiere, el primero tiene, a nuestros ojos, una escasa apreciación. El segundo, por el contrario, ya de que por sí solo comporta un anhelo, una aspiración siempre superior, le atribuimos virtudes que lo aquilatan más y lo colocan en planos más elevados. En efecto, admiramos con preferencia al malo que se esfuerza en ser bueno que al que, siendo bueno por temperamento, no pone ningún empeño en ser mejor; es más digno de nuestro aprecio y estima el humilde que, mediante su empeño, su tenacidad, su tesón, etc., se ha munido de un bagajé de conocimientos, que aquel que, dotado de dones naturales y facilidades de medios, acredita mayores conocimientos. Asimismo, el que por temperamento tiene un carácter y energía fuera de lo común y que realiza una determinada obra, tiene, a nuestra vista, menos mérito que aquel que, por tara atávica, es un sin carácter, pero que, mediante su esfuerzo diario, tenaz y continuado ha conseguido solo realizar parte de la obra del primero.

De la exposición sucinta de este tópico, que anuestro juicio requeriría larga extensión para ser tratado debidamente, se deduce que nuestro principal esfuerzo, que nuestra gimnasia diaria, que una de las mayores preocupaciones del hombre que aspira a la perfección, debe ser el cuidado y desarrollo de nuestro «Yo».

No pretendemos ser los primeros en sugerir esta fundamental idea de progreso y perfección humana, ya que no es en su fondo más que un plagio in extenso del «Conócete a ti mismo»; pero dada su gran significación y lo propicio que nuestro campo es para ser diseminada esta enseñanza, hemos creído, a pesar de que apremian valores más inmediatos, de disertar ligeramente sobre este tópico.

Pristino UXIS.

———o———

POLITICOS Y DIPUTADOS

«El especulador político conoce la táctica del partidismo, como el empresario industrial y comercial conoce el mecanismo de una sociedad anónima o colectiva para obtener mayores provechos en un negocio dado. La táctica electoral es la parte que mejor conoce y maneja, porque es la que da votos, empleos y salarios.

Elegir, es dar pan, vestir y alojar al candidato. Ganar un voto es, según esto, ganar su pan. Lo curioso de este género de mendicidad es que el mendigo va en coche, y el que le da limosna viste blusa».

J. B. ALBERDI

DELICIAS DE LA DICTADURA

El socialista Cappa, de regreso de Rusia e interrogado por Enrique Malatesta sobre la actitud de los anarquistas ante la dictadura de Lenin, ha respondido que «en Rusia ya no hay anarquistas; que los que había han sido fusilados por orden del Gobierno de los comisarios del pueblo».

De una reseña del bolcheviquista Victorio Serge sobre los días terribles en que Petrogrado tenía a sus puertas el ejército amenazador de Iudenich, el «Risveglio» de Ginebra entresaca los siguientes informes:

«Es preciso hacer constar que los anarquistas, la Federación anarquista de Petrogrado, escasa de militantes por haber dado sus mejores fuerzas a los múltiples frentes y al partido comunista bolcheviquista, se puso durante aquellos días, graves como en los tiempos de Kerensky, por entero al lado del partido, no sin espíritu de oposición y sin disensiones. El manifiesto anarquista pegado en las esquinas de las calles, comenzaba con una alusión—bien merecida y terriblemente injusta al mismo tiempo—a los «soldados movilizados con el bastón que se dispersan ante el enemigo» y hacía un llamamiento a los revolucionarios para que contribuyeran libremente como partidarios a la defensa. Y los partidarios anárquicos, que formaban dos o tres grupos escogidos, bien unidos y compactos, estuvieron en su puesto mucho antes que el mecanismo infinitamente más pesado y más complicado del partido comunista se hubiese puesto en movimiento. Durante la primera noche de alarma (del 24 al 25 de octubre) los anarquistas, casi solos en acudir al llamamiento, por una curiosa ironía de las circunstancias, ocuparon para defenderlo eventualmente, el local del «Pravda», cuyo riguroso marxismo más bien les era hostil. Lo que significa que ante el enemigo común la gran familia revolucionaria—en la cual hay tantos hermanos enemigos—es una.

«Por lo demás, bolcheviquistas, anarquistas y comunistas, en estas horas de lucha, olvidan por fuerza todas las divergencias de mira, las más capitales se vuelven secundarias, apenas se trata de la vida misma de la primera sociedad socialista...».

Las dos versiones no son contradictorias, antes se completan mutuamente.

Aquellos anarquistas que por una razón cualquiera no pudieron juntarse con los compañeros que primero acudieron a los frentes amenazados a defender la Revolución de los ataques de la reaccionaria coalición capitalista, pero que en el interior preconizaron la continuación del movimiento popular hasta sus realizaciones extremas, fueron asesinados por el gobierno bolcheviquista en nombre de la dictadura proletaria, como pudiera hacerlo cualquier democracia occidental.

El maximalismo italiano tiene el aspecto de haber aprovechado la enseñanza rusa cuando se apresura a cortar el puente a toda posible transición con los anarquistas.

«Cronaca Sovversiva», Turín, 9 agosto 1920.

Tiempo atrás, en las columnas de «Tierra y Libertad», defendiendo «el derecho» indiscutible del pueblo ruso a hacer una revolución contra el zarismo medioeval que le aplastaba, pero negándome a aceptar como bueno «el hecho» del procedimiento autoritario empleado por una fracción del socialismo ruso, escribí que no deseaba ver implantado en España el bolcheviquismo.

Creo, si no recuerdo mal, que fué desde un periódico anarquista de Valencia, que se me preguntó el por qué.

Me pareció tan ociosa la pregunta en labios o plumas que alardean de anarquismo y dirigida a un anarquista, que me entraron ganas de preguntar al preguntante si había estudiado anarquismo en los escaños parlamentarios o en las aulas universitarias burguesas; pero tuve que dejarlo para mejor ocasión, dado que la reacción capitalista se metía entonces por los campos del sindicalismo desmochando su incongruente revolucionarismo y no quise dar carne a la fiera.

Ahora aprovecho los recortes del periódico italiano para ver si los informes que contiene ilustran la extrañeza de mi preguntante y le enseñan a no confundir términos diferentes de un revolucionarismo que, a pesar de las diferentes modalidades que afecta, debería ser muy claro para los que se erigen en «leaders» de la multitud y tienen el deber de procurar aprender bien primero lo que se propongan enseñar después.

Tuelvo a repetir la afirmación: «no deseo el bolcheviquismo en España». No por el temor de que nos fusile después de que le haya encumbrado al poder una multitud obrera esclava de su ignorancia por todos sus cuatro costados, sino por la principalísima razón entre otras de que habiendo los anarquistas pasádose toda su vida combatiendo a los socialistas gubernamentalistas por considerarlos semejantes a cualquier otro gobernante, por saber que es propio de toda autoridad desembarazarse de todos los que estorben su poderío, porque lo propio de todo gobierno es mantener a los pueblos en tutela e ignorancia y porque no creemos en una eficacia moral e intelectual del gubernamentalismo como medio libertador de los cuerpos y de los espíritus, **(Nota 1)** no podía ni debía sostener la tesis de que la labor de los anarquistas en período prerrevolucionario y revolucionario tenía que consistir en aplaudir a ciegas y sin reflexión y fomentar la creación de un partido gubernamental que entorpecerá mañana la libertad de acción de los particulares concurrentes al movimiento insurreccional.

Si la exaltación revolucionaria de los inconscientes semianarquistas españoles continúa contribuyendo a este objetivo, común y propio de republicanos y socialistas-demócratas, con la excusa—engaño o ilusión estaría mejor dicho—de que el proletariado ha de imponer su dictadura a la burguesía, con sus cabezas pagarán más tarde este error **(Nota 2)** Y habrán hecho un flaco servicio a la causa de la emancipación humana al hacer dejación de sus principios libertadores en manos de quienes ya antes de tiempo se aprestan a ahogarlos haciendo correr la especie de su fracaso, sin perjuicio, empero, de pactar uniones, más o menos a espaldas de la masa, con las filiales obreristas de aquellos partidos cuya idealidad se reputa fracasada. Doble juego muy propio de mentalidades político-oportunistas que huelen a la legua a mediocridad y cuquería.

El sindicalismo terrorista-dictatorial que por ahí anda hipócritamente preconizándose y desautorizándose a sí mismo y el partido comunista que por ahí anda formándose, arramblando energías y ansias revolucionarias de idealidad vaga y nebulosa, con miras puramente burocráticas y concupiscentes el primero y de poder el segundo y no de implantación de nuevas convivencias sociales y libertades para todos los hombres, no tienen nada de anarquista ni de socialista siquiera, como ya lo van demostrando poco a poco los hechos que se producen y las críticas que provocan, y no era cosa de que se dejara engañar por las apariencias y las palabras de relumbrón, un viejo anarquista-socialista que se ha pasado la vida procurando desenmascarar las artimañas intelectuales de los políticos veletas que tienen un interés particular y de partido en escamotear la causa de la libertad y de la igualdad en beneficio de la autoridad y del privilegio.

La revolución por la revolución de los que no llevan en su cerebro un ideal y una táctica bien difinidos, es buena para los imbéciles que esperan que aquélla les exima de todo trabajo y fatiga y les dé, como una lotería, la triste felicidad de la holganza parasitaria **(Nota 3)** o para los cucos politicastros que explotan la credulidad popular y esperan precisamente el resultado desastroso de la inercia y de la incapacidad de los que anhelan un mesías gubernamental para decir luego que el anarquismo ha fracasado y poder imponer el trabajo y la obediencia obligatorios a latigazos. Con un ideal bien estudiado en todos sus aspectos y con una convicción bien madura y firme, se puede ir lejos en la acción libertadora y creadora de nuevas convivencias sociales, pero con una grillera en la cabeza de los jefecillos y de las multitudes, se da de bruces en la tiranía gubernamental de un partido y en la esclavitud económica, aunque se vista de socialista. Y a lo que preví y voy viendo, este es el caso en Rusia, donde hay una autoridad que manda, y, por lo tanto, suprime la libertad individual, una burocracia que fusila al que no obedece y, por lo tanto, el florecimiento de las iniciativas innovadoras, un capitalismo de Estado que militariza el trabajo—¿a qué habrá quedado reducido el sovietismo?—y al retribuirlo monetariamente reproduce formas del salariado, unos pequeños propietarios rurales a millares para sustituir y no comunizar la propiedad privada de los desaparecidos nobles, unos mercaderes que especulan con la miseria y la escasez de mercancías y se enriquecen, y, por lo tanto, crean nuevas clases y desigualdades de condición social, una nueva burguesía industrial en formación que, tiempo mediante, se parecerá a

LA PROTESTA

REDACCION Y ADMINISTRACION: PERU 1537

Correspondencia, valores y giros diríjanse a nombre de A. Barrera.

la de Europa como un nuevo a otro huevo, y policías y cárceles para mejor remedar la sociedad burguesa tiránica y capitalista que sobre el papel hemos derribado desde fuera, porque así han mandado que lo creamos los socialistas de Estado ambiciosos de poder **(Nota 4)** y la media docena de republicanos convertidos a última hora al bolchevismo por amor de las actas que se les escapaban de las manos, y que corean desmesuradamente la revolución rusa esperando recoger las migajas de poder que aquéllos les tiren, importándoles tanto a unos como a otros un comino la emancipación espiritual y material de las muchedumbres actuales.

¿Querremos hacer en España—dado que en Rusia la masa popular no ha podido o sabido hacer más y mejor que sus nuevos amos y la de aquí parece empeñada en no querer ver los peligros de unos procedimientos sedicente revolucionarios que pueden reconstruir todas las forma de esclavitud—querremos hacer en España, repito, una copia servil de este ensayo **(Nota 5)** seudocomunista y seudosocialista que a la evolución futura le será dificilísimo, si no imposible, a no ser con otra revolución, corregirle los defectos iniciales y evitar su degeneración, precisamente porque al castrar con el autoritarismo la revolución ha castrado de antemano y dado vicios de origen a la evolución subsiguiente?

Antes prefiero que me fusilen.

J. PRAT

Barcelona, 5 septiembre 1920.

(Nota 1).—«Los socialistas franceses se han decidido al fin a enviar a su pesar sus delegados. Pero se ha comenzado preparando el terreno. Desde hace algunos meses que estamos presenciando en «L'Humanité» un redoblamiento de entusiasmo por el régimen de los soviets. Se está en contínuo éxtasis, no se abandona la actitud «de rodillas» ante los grandes amigos rusos. Si antes se decía tímidamente que no se aprobaban «todos los métodos» bolchevistas, ahora se ha renunciado por completo a esta veleidad de juicio independiente. Todo es admirable en las palabras y en los gestos de Lenin. No busquéis en «L'Humanité» la menor huella de desaprobación a la agresión bolchevista en Persia, a la violación del patrimonio nacional de este pueblo profundamente pacífico. Para con el bolchevismo se han olvidado todos los sarcasmos que los internacionalistas franceses oponían a la guerra defensiva, a la «guerra preventiva», etc. Los bolcheviques pueden invadir Teherán, Enzeli, bombardear las ciudades y los pueblos pacíficos: toda la indignación de «L'Humanité» se dirigirá exclusivamente hacia otra parte.

«Sea como fuere, el terreno ha sido preparado de este modo para poder contar con una recepción benévola a los delegados franceses por el papa de la Tercera Internacional. El mismo Cachín hasta se ha excedido ligeramente, como suele suceder a los cortesanos demasiado celosos. Antes de marchar ha creído bueno lanzar una falsa acusación contra toda la clase obrera francesa por el apoyo insuficiente que, a su decir, había prestado a la obra bolcheviquista. Le ha parado los pies nuestro excelente compañero sindicalista «L'Atelier», pero la acusación queda y este insulto al proletariado organizado de Francia hará que en Rusia se le perdonen muchas cosas al señor Cachin».—Peskine, de la «Republique Russe», en la «Revue du Travail», 1.º julio 1920, París.

Si no recuerdo haber leído mal, la Confederación General del Trabajo de España, a pesar de todos sus congresiles pinitos anarquistas, también se ha arrodillado ante el papa Lenin diciendo a la U. G. T. que había ingresado en la Tercera Internacional. ¡Cachines en germen para las próximas elecciones comunistas!

Hemos leído el libro de Nardeua, del periodista francés que no quiso en Rusia someterse a la «plataforma», es decir, a declarar ser un sincero correligionario de los bolcheviques. Y en ese libro hay el relato de una conversación que el autor sostuvo con Lenin en el Kremlin de Moscú, el día 4 de febrero de 1919.

«En esa conversación Lenin, el jefe del Estado soviético de Rusia, se manifestó, como no podía menos, estatista. No es Lenin, a pesar de su audacia—o más bien merced a ella—hombre que juega con las palabras. «¿El porvenir del mundo?—dijo—. No soy profeta. Pero lo seguro es que el Estado de los capitalistas y del libre cambio, como lo era antaño, por ejemplo, Inglaterra, ese Estado se muere. El Estado futuro lo monopolizará todo, lo comprará todo, lo venderá todo». Y más adelante le añadió a Nardeau: «Para remediar a las imperfecciones que críticos, por lo demás impotentes, atribuyen al Estado-patrono, habrá que crear, imaginar nuevos medios de intervención y de coerción. Pero en cuanto a intentar impedir que el Estado llegue a ser el patrono, no hay ni qué pensar en ello».

«Esto es muy claro y muy lógico, y muestra cuán lejos está Lenin de aquellos anarquistas que pasaban hace años por la extrema izquierda de la revolución social. Dictadura y anarquismo son dos conceptos que se excluyen.

«Lenin le decía a Nardeau que no se tiene por profeta. Y, sin embargo, es lo que es. Lenin es como un profeta de Israel. Y lo que predica es una religión nueva. Materialista, si queréis—no creemos que lo es—pero religión. Atea, sin duda, pero religión. Y religión que acabará en una especie de budismo. Religión asiática en todo caso y engendradora de un lamaismo como el del Tibet.

«Lenin niega ser profeta, pero Nardeau nos cuenta esto: «Por lo demás, profirió el reformador con una voz lenta cuyo acento había cambiado de repente, si vivimos todavía un siglo, veremos cosas formidables, cosas junto a las cuales todo lo que hemos visto hasta hoy no habrá sido más que juego de niños. Lo inevitable se cumplirá».

«Lo que parece va a defraudarnos es que así como el cristianismo para poder triunfar... tuvo que pactar con el paganismo y con la filosofía helénica gentílica, así el bolchevismo tendrá que pactar con la filosofía económica burguesa...».—Miguel de Unamuno, «El Liberal», Madrid, 3 Julio 1920.

«La sociedad capitalista arrojada estruendosamente el 7 de noviembre de 1917, entra de nuevo por todas las grietas del edificio sovietista. Los socialistas rusos que decían que la Revolución rusa debía tener por fin histórico y objetivo la transformación de la Rusia semifeudal en un país burgués y necesariamente democrático, ven realizar sus previsiones a pesar de la forma «comunista» y dictatorial, bajo la cual se opera esta transformación. Pero el «experimento» comunista habrá costado muy caro a los pueblos de Rusia y a la clase obrera en primer lugar». Orine, «La Republique Russe», París, 15 Junio, 1920.

«El comunismo (de Estado) dará al individuo lo que produce y eliminará a todos los que hasta el presente no han hecho más que vivir del trabajo de los demás. Aparentemente esto está muy bien, pero el mal está en que bajo un régimen así el gobierno se sustituye a toda clase de los explotadores, y con el pretexto de labrar la felicidad del pueblo a pesar suyo, sería tan codicioso explotador como gobernante despótico. Le sería muy posible transformar la sociedad entera en un vasto presidio con ejército de espías y esbirros como actualmente ocurre en Rusia, donde ha triunfado el régimen tan querido del camarada Gale, pero le sería difícil, por no decir imposible, hacer producir a los «ciudadanos-presidiarios» una suma de labor equivalente a su mantenimiento. La república rusa bien organizada, bien gobernada y sometida por entero al suave régimen de trabajos forzados, se muere literalmente de hambre y se la comen los piojos.

«Pero un gobierno de «puños de hierro» y de instintos dictatoriales, ¿es realmente la concepción del socialismo? No, ciertamente. El socialismo no puedo ser más que el complemento de la democracia burguesa, de los revolucionarios ingleses, americanos y franceses que fueron bastante atrevidos para dar al pueblo la libertad política; pero no se atrevieron a concederle la libertad económica, por la cual el proletariado no cesa de combatir hace ya más de medio siglo. «Sin libertad económica—dijo Jefferson, el autor de la declaración de la Independencia americana—no puede haber libertad política». La libertad política, según Jefferson, es la posibilidad para el pueblo de tomar todas las medidas necesarias para impedir que el gobierno cometa actos contrarios a los principios populares generalmente reconocidos, sea por la costumbre o por las tradiciones, puesto que el mejor gobierno no tardaría en convertirse en el más tiránico del mundo si el pueblo dejara de interesarse en la cosa pública. La libertad—dijo este mismo hombre del Estado americano—es el premio de una vigilancia contínua.

«El gobierno—nos dicen pensadores eminentes como Tomás Paine y Herbert Spencer—es un «mal necesario». Pero estos mismos hombres nos aconsejan al mismo tiempo que hagamos todos los esfuerzos posibles para que este mal quede reducido a su menor expresión. Para esto nos recomiendan vigilar muy estrechamente las intrigas de la política y no conceder sino una confianza limitada a los gobiernos, y los hechos diarios nos recuerdan cuánta razón tienen. Los elegidos del partido socialista no hacen más que confirmar esta regla. Si la masa del pueblo está lejos de la perfección, ellos están más lejos aún.

«Contra la autocracia y contra todos los gobiernos de «puños de hierro», sea cual fuera la etiqueta que les cubra, nosotros debemos preparar el pueblo para que reaccione con todas las fuerzas de que puede disponer. El socialismo auténtico, el que salió de los filósofos y pensadores ingleses y franceses, no podría de ningún modo asociarse con el despotismo y la tiranía, aunque reivindicara en favor suyo toda la doctrina de Carlos Marx. Por esto nunca hablaremos bastante para poner a los trabajadores en guardia contra los argumentos falaces de Gales y de todos sus camaradas partidarios de la «dictadura del proletariado».—Laurent Casas, «Revue du Travail», París, 1.º Julio, 1920.

(Nota 2).—Curioso el hecho. Mientras en Rusia los anarquistas pagaban con sus cabezas, indudablemente rebeldes a la dictadura de Lenin y de su plebe, (*) la defensa de una revolución que no implantaba sus principios libertarios; mientras en Europa los políticos y la prensa socialista y socialistoide aplaudían la dictadura de un partido socialista que tan injustamente «gratificaba» a sus más abnegados defensores materiales; mientras aquí se caldeaban las imaginaciones sindicalistas, creyendo mesiánicamente que la revolución rusa les acercaba a su ideal de emancipación del salariado, la prensa monárquica y conservadora, la prensa de los somatenes y de las sacristías, la prensa que corea las peticiones de dictadura patronal a nombre de representaciones nacionales ficticias, la prensa de daga florentina que pide leyes fuertes y cárceles rigorosas y después se extraña que los millares de obreros que de ellas han sido víctimas inocentes durante un siglo se hayan vuelto rabiosos y muerdan, esta prensa porfiaba por hacer creer al público que en Rusia se hacía una «revolución anarquista», que los anarquistas eran los fautores del caos y amos de la guillotina en funciones, que todos los malos rusos y no rusos provenían del anarquismo... etc., todas las tonterías que se le ocurren a este periodismo-calamar, que tiene por tipo representativo a un E. Sánchez Pastor. ¡Y precisamente era el sacrosanto «principio de autoridad», llevado a su extremo tan querido de los sacristanes monárquicos, el absolutismo, el que, como siempre y en todas partes, estaba haciendo de las suyas!

Curioso también este otro hecho. La «dictadura», el «terror» y la «violencia» los preconizan e incluyen actualmente en su táctica aquellos mismos socialistas gubernamentales—no todos, sin embargo—que antiguamente llamaban catastróficos a los anarquistas, así como el sindicalismo que sigue estas huellas dictatoriales. Lógico sería, pues, que cuando se producen actos dictatoriales, terroristas y violentos se achacaren a la predicación del partido socialista que los preconiza. Pero como en materia política la lógica brilla siempre por su ausencia y la doblez es su característica, inficcionando y perturbando el ambiente hasta el punto de que ya nadie sabe a qué atenerse, se halla más cómodo huir de responsabilidades morales, insinuando y aún afirmando que aquellos actos de violencia los cometen los «partidarios de la extrema izquierda del socialismo», es decir, los anarquistas. A juicio de comités políticos y juntas sindicalistas, el anarquismo es el responsable de todas las violencias individuales o de grupos. El monopolio de la bondad y del humanitarismo queda reservado para la política o el sindicalismo que utilizan como medios de combate la dictadura y el terror. Este innoble juego es tan jesuíta y burdo, que si el mundo no estuviese poblado de lectores u oyentes cándidos, no merecería ni la molestia de la aclaración. No caeré en la torpeza de creer que no pueda haber anarquistas que se dejen coger en este juego de la sujestión ajena que tira la piedra y esconde la mano—por más que los anarquistas de acción nos tenían antaño acostumbrados a verles con la visera material e intelectual levantada,—pues demasiado sé que el espíritu de rebeldía suele ponerse en contradicción con los propios principios sustentados; ni tampoco en la torpeza de achacar exclusivamente a adversarios lo que repugna a mis sentimientos e ideas, pero la doblez me revienta, empléela quien la emplee, y he de consignar bien alto mi protesta, precisamente en nombre de mis principios anaquistas, de la filosofía anarquista, contra insinuaciones y acusaciones que pretenden manchar una doctrina totalmente contraria al autoritarismo y a la brutalidad. Ninguna responsabilidad moral ni intelectual puede caberle en el empleo de estos medios. Ociosa la demostración para los hombres que piesen serenamente, ociosa también para la ceguera humana que no atiende razones. El juicio crítico de la historia de nuestra turbulenta época sabrá hacer las salvedades necesarias sobreponiéndose a las actuales pasiones.

(Nota 3).—No son pocos, más bien son muchos, demasiados, los obreros que creen y esperan que una revolución ha de facilitarles tumbarse en absoluto a la bartola o trabajar lo menos posible y de cualquier modo que se les antoje a sus desordenadas fantasías. Serían unos perfectos burgueses en la sociedad actual si el azar pusiera a su disposición medios económicos con que explotar el trabajo ajeno, y en la sociedad futura formarían la legión de la holganza parasitaria, serían nuevos burgueses, si las propagandas socialistas no les enseñan previamente que una revolución no se sostiene de milagro y que para evolucionar progresivamente requiere sacrificios tanto o más elocuentes que el de dar la vida. Veamos lo que enseña sobre el particular el conocido anarquista Enrique Malatesta:

«¿Pero después de la insurrección victoriosa, después de haber caído el gobierno, qué es necesario hacer?

«Nosotros, los anarquistas, quisiéramos que en cada localidad los trabajadores, o más propiamente, aquella parte de los trabajadores que tienen una mayor consciencia y un mayor espíritu de iniciativa, tomasen posesión de todos los instrumentos de trabajo, de toda la riqueza, tierra, materias primas, casas, máquinas, géneros alimenticios, etc., y esbozaren lo mejor posible la nueva forma de vida social. Quisiéramos que los trabajadores de la tierra que hoy trabajan para los amos de ella, dejaren de reconocer todo derecho a los propietarios y continuaran e intensificaran el trabajo» por su cuenta, entrando en relaciones directas con los obreros de las industrias y de los transportes para efectuar el cambio de productos; quisiéramos que los trabajadores de las industrias, ingenieros y técnicos inclusives, tomasen posesión de las fábricas y «continuaran e intensificaran el trabajo» por cuenta propia y de la colectividad, transformando «en seguida» todas aquellas fábricas que hoy producen cosas inútiles o nocivas en productoras de las cosas que más urgen para satisfacer las necesidades del público; quisiéramos que los ferroviarios «continuasen» haciendo funcionar los ferrocarriles para el servicio de la colectividad; que los Comités de voluntarios o de elegidos por la población tomasen posesión, bajo el control directo de la masa, de todas las poblaciones disponibles para alojar de momento lo mejor que se pudiere a los más necesitados; que otros Comités, siempre bajo el control directo de las masas, se se cuidaran del aprovisionamiento y de la distribución de los géneros de consumo; que a todos los actuales burgueses se les pusiera en la necesidad de confundirse con la multitud de los que fueron proletarios y «trabajaren como los demás para disfrutar de iguales beneficios que los demás». Y todo esto, en seguida, el mismo día o al siguiente de la insurrección victoriosa, sin esperar órdenes de Comités centrales» o de cualquier otra autoridad.

«Esto es lo que quieren los anarquistas, y es lo que naturalmente sucedería si la revolución debe ser verdaderamente una revolución social y no reducirse a un simple cambio político que después de la convulsión retornaría las cosas a su estado de antes».—«Umanitá Nova», Milán, 12 Agosto 1920.

El verdadero revolucionarismo está aquí, en saber aplicar a la organización del trabajo esos principios de libertad, de igualdad y de solidaridad; en saber demostrar con hechos a los actuales adversarios del socialismo que se puede hacer más y mejor que el capitalismo individualista; en saber asegurar el pan para todos los hombres a pesar de todas las resistencias que opongan los lesionados por la revolución material. ¿Tendrá el socialismo libertario «fuerzas inteligentes suficientes» para esta demostración? El porvenir lo dirá, pero a este objetivo deben tender todas nuestras energías y este objetivo debe aplicarse ya durante el período de desorganización violenta de la actual sociedad. Que si nos durmiéramos sobre las primeras victorias insurreccionales, creyendo estúpidamente que con quitar a «los burgueses» de en medio y saqueádoles sus almacenes y destruído sus fábricas — simplista objetivo de plebe ayuna de idealidad, que quema los palacios y duerme luego en el arroyo o en sus infectos tugurios, que destruye los talleres y luego no sabe con qué hacer productos; espíritu destructivo que no acaba de comprender que la destrucción de la propiedad burguesa es todo lo contrario de la expropiación, siendo ésta reivindicación de un derecho e imposibilitando aquélla, por falta de productos, el derecho material a la vida, — está todo hecho, la miseria general daría pronto cuenta de todas las resistencias pro o contra la revolución diezmando a los combatientes.

(Nota 4).—Véase esta ambición de poder en uno de los principales periódicos socialistas italianos, a la que da su merecida respuesta la lógica de hierro de Malatesta. Medítenla los obreros que en el órgano «republicano-sindicalista-comunista» de la villa y corte sirven de escabel a estas ambiciones políticas.

«La dictadura — véase «Avanti», Roma, 20 julio —significa el abatimiento de la burguesía por por obra de una vanguardia revolucionaria» (esto es la revolución y no la dictadura), en oposición al concepto de que ante todo es necesario obtener mayoría en las elecciones. Por medio de la dictadura se obtiene la mayoría y no por medio de la mayoría la dictadura». (Está bien; pero si hay una minoría que, posesionada del poder debe después conquistar la mayoría, resulta una mentira hablar de dictadura del proletariado. El proletariado es evidentemente la mayoría).

«La dictadura significa el empleo de la violencia y del terror». ¿(Por obra de quién y y contra quien? Puesto que se supone la mayoría hostil y no se trata, en el cepconto dictatorial, de multitud desencadenada que toma en sus manos la cosa pública, es evidente que la «violencia y el terror» deberán practicarse contra todos aquellos que no se dobleguen a los deseos de los dictadores por medio de esbirros al servicio de estos dictatores).

«La libertad de imprenta y de reunión equivaldría a autorizar a la burguesía para que envenenara la opinión pública». (Así, pues, después del advenimiento de la dictadura del «proletariado», que debería ser la totalidad de los trabajadores, ¿habrá todavía una burguesía que en lugar de trabajar tendrá medios para envenenar la «opinión pública» y una opinión pública envenenable ajena a aquellos proletarios que deberían constituir la dictadura? Habrá censores omnipotentes que juzgarán lo que se puede y lo que no se puede publicar y gobernadores a los cuales tendrá que pedírseles permiso para reunirse. Inútil decir qué libertad se concedería al que no fuese grato a los predominadores del momento.

«Unicamente después de la expropiación de los expropiadores, después de la victoria, el proletariado se atraerá la masa de la población que antes seguía a la burguesía». (Preguntamos una vez más: ¿pero qué cosa es este proletariado que no es la masa que trabaja? ¿Proletario no significa, pues, el que no tiene propiedad, sino aquel que profesa ciertas dadas ideas y pertenece a un dado partido?).

Dejemos, pues, esta falsa expresión de dictadura del proletariado, buena para producir equívocos, y discutamos la dictadura tal cual es verdaderamente, es decir, el gobierno absoluto de uno o varios individuos, los cuales, apoyándose en un partido o en un ejército, se hacen dueños de la fuerza social e imponen «con la violencia y con el terror» su voluntad.

Lo que sería esta voluntad depende de la especie de personas que en el momento práctico consigan apoderarse del poder. En el caso que tratamos se supone que será la voluntad de los comunistas, y, por lo tanto, una voluntad inspirada en el deseo del bien de todos.

Ya es esto una cosa muy dudosa, puesto que generalmente los hombres mejor dotados de las cualidades necesarias para agarrar el poder, no son los más sinceros y los más devotos a la causa pública, y si se predica a la masa la necesidad de someterse a un nuevo gobierno no se hace más que allanar el camino a los intrigantes y a los ambiciosos.

En realidad, nadie podría instituir la dictadura revolucionaria si antes el pueblo no hubiese hecho la revolución, demostrando así con los hechos su capacidad para hacerla, y entonces a la revolución, desviarla, ahogarla y matarla.

En una revolución política en que sólo se mira a derribar al gobierno dejando en pie toda la organización social existente, una dictadura puede apoderarse del poder, poner sus hombres en el puesto de los funcionarios arrojados y organizar desde arriba el nuevo régimen.

Pero en una revolución social, donde quedan derribadas todas las bases de la convivencia social, donde la producción indispensable debe reanudarse en seguida por cuenta y ventaja de los trabajadores, donde la distribución debe regularse inmediatamente según justicia, la dictadura nada podría hacer. O el pueblo provee por sí mismo en los diversos municipios y en las diversas industrias, o la revolución habrá fracasado.

Tal vez en el fondo los partidarios de la dictadura (y algunos ya lo dicen abiertamente) no desean de momento más que una revolución política, es decir, que quisieran no más que apoderarse del poder y después gradualmente transformar la sociedad por medio de leyes y de decretos. En tal caso estos se encontrarían probablemente con la sorpresa de ver en el poder a otros que no serían ellos, y en todo caso antes que en nada deberían pensar en organizar la fuerza armada (la policía) necesaria para imponer el respeto a sus leyes. Entre tanto, la burguesía, que substancialmente continuaría siendo la detentadora de la riqueza, una vez superado el momento crítico de la ira popular, prepararía la reacción, llenaría el cuerpo de policía de agentes suyos.

Aquel miedo a la reacción, bueno para justificar el régimen dictatorial, depende precisamente del hecho que se pretende hacer la revolución dejando subsistir todavía una clase privilegiada en condiciones de poder reconquistar el poder.

Si en lugar de esto se comienza con la expropiación completa, entonces no habrá ya burgue-propiación completa, entonces no habrá ya burguesía, y todas las fuerzas vivas del proletariado, todas las capacidades existentes se emplearán en la obra de reconstrucción social.

Por lo demás, en un país donde los anarquistas representen una fuerza considerable, más que por su organización por la influencia que puedan ejercer, una tentativa de dictadura no se podría efectuar sin desencadenar la guerra civil entre trabajadores y no podría triunfar sino con la más feroz tiranía.

Y entonces ¡abur comunismo!

No hay más que un camino posible de salvación: la libertad.—Enrique Malatesta, «Umanitá Nova», Milán, Agosto 1920.

(Nota 5). — La Revolución rusa tendrá realmente trascendencia en Europa. La resuelta actitud de todas las fracciones políticas y sociales que han negado su concurso a los gobiernos ganosos de intervenir militarmente en los asuntos interiores de Rusia para aplastarla, es significativa y digna de admiración. El tapón polaco no les servirá de nada. Las ideas escapan a estos acordonamientos y saltan por encima de las fronteras. Cuando las masas obreras de Europa estén suficientemente trabajadas por las aladas ideas, aunque estas ideas lo sean de gobierno brutal y, por lo tanto, de esclavitud y si las masas se resignan en su ignorancia a obedecerlas como rebaños sumisos cregendo que son su salvación, el estallido insurreccional será interior y no fronterizo. El contagio intelectual se efectúa a despecho de todos los acordonamientos para librarse del contagio físico. Las burguesías europeas se suicidan, no porque haya o deje de haber una Rusia revolucionada, sino porque no saben ni pueden evolucionar a tiempo ni a destiempo. Su evolucionismo, hecho de promesas siempre incumplidas, es impotente. El egoísmo de los intereses creados es más fuerte que todos sus temores. De ahí las resoluciones. Con o sin defectos, el espíritu de rebeldía llegará a ser más fuerte que todas las medidas que arbitre este temor y a mayor dique mayor desbordamiento. Y lo que habría podido ser río será torrente. Pero de esto a admitir que la República de los Soviets sea la implantación del socialismo y de la libertad, estamos muy distantes de aceptarlo los anarquistas. No podemos calificarla más que de ensayo político que corrobora a «posteriori» nuestras apriorísticas críticas. No se implanta el socialismo con medios autoritarios y gubernamentales. Al deseo de una minoría consciente ha de responder la aspiración de una nutrida mayoría. Nadie, ni individuo, ni grupo, ni nación pueden ser libres rodeados de esclavos, de enemigos y de indiferentes a los propósitos de la minoría. Es obra del tiempo y de las propagandas. Sin socialistas y sin anarquistas numerosos y conscientes, sobre todo conscientes, las tentativas minoritarias de implantación de nuevos sistemas sociales corren el riesgo de estrellarse contra el obstáculo de la resistencia de los enemigos, la inercia de los indiferentes y la incapacidad de la masa ignorante, que con su atraso mental y moral — esclavitud interna que no la derriban las insurrecciones — hacen desviar o degenerar los movimientos insurreccionales. ¿No pasará algo de esto en Rusia? Deber es de los militantes intensificar sus propagandas de ideas, propagandas que, contrariamente al parecer de los impulsivos que todo lo esperan de una acción mortífera, nunca están en demasía, antes faltan y urgen presentemente. Es necesario hacerse comprender de la multitud, ilustrar y convencer al mayor número posible para evitar en lo posible aquel escollo. Y para los libertarios, que no queremos imponer la actuación de nuestros principios a golpes de latigazos autoritarios, aquella necesidad de «propaganda intensa de ideas» se deja sentir mayormente. Piénsese que las contrarrevoluciones se nutren no tan sólo de intereses creados, sino también de inercias, de costumbres, de tradiciones, de prejuicios, de supersticiones, de hábitos de obediencia, de ideas viejas y de ignorancias de las multitudes obreras a quienes no ha llegado aún un ideal que las ponga en movimiento. A los que gritan: acción, acción y nada más que acción—siendo tan sólo acción para estos impulsivos el hecho material de andar a balazos — tal vez los fracasos les enseñen a gritar, propaganda, propaganda y siempre propaganda, que es también acción y de la más necesaria para demoler todo este mundo espiritual de viejas miserias morales que nos es hostil y continuará siéndonos hostil mientras una mayor cultura no arroje de nuestros cerebros y de nuestros corazones la bestia que exterioriza atavismos, egoísmos, odios, soberbias y vanidades nauseabundas que ahogan, contrarrestan o desnaturalizan la acción de los nuevos idealismos. Las impaciencias y los entusiasmos no han de hacernos perder de vista la verdad de los hechos y su lógica por adversos que nos fueren.

J. P.

Suelen mirarse con desdén los ensayos del hombre primitivo, y, sin embargo, el que inventó el hacha de piedra para cortar la madera, tuvo más mérito para la humanidad que el conquitador que ganó muchas batallas.

B. P.